



PAZ Y BIEN
PARROQUIA INMACULADA CONCEPCIÓN



III Domingo de Adviento
12- XII- 2010

Textos:

Is.: 35, 1-6a. 10.

St.: 5, 7-10.

Mt.: 11, 2-11.

“Fortalezcan los brazos débiles, robustezcan las rodillas vacilantes...” (Is. 35, 3).

Ya en el corazón del Adviento, recordemos que este tiempo litúrgico debemos vivirlo como una nueva oportunidad para ir al encuentro del Señor que viene; aceptemos la invitación de Isaías: “¡Sean fuertes, no teman: ahí está su Dios!...” (Is. 35, 4).

Recordemos lo que Ambrosio dijo a Agustín: “No debes buscar la verdad, debes dejar que la Verdad te encuentre a ti”.

“La cuestión, hermanos, no es: ¿Cómo puedo encontrar a Dios? sino: ¿Cómo puedo dejar que Dios me encuentre? La cuestión no es: ¿Cómo puedo conocer a Dios? sino: ¿Cómo puedo dejar a Dios que me conozca? Y finalmente, la cuestión no es: ¿Cómo voy a amar a Dios? sino: ¿Cómo voy a dejarme amar por Dios?” (Henri J. M. Nouwen: “El regreso del hijo pródigo”).

Este retorno a Dios con motivo de su venida a nosotros, exige – como indica el apóstol Santiago en la segunda lectura – la espera paciente.

La paciencia es la virtud de los que esperan y “comporta fuerza, mucha fuerza... La paciencia sin fuerza es mera pasividad, superficial tolerancia habituamento a hacer cosas” (R. Guardini: “Meditaciones Teológicas”).

La paciencia es para Santo Tomás de Aquino un ingrediente necesario de la fortaleza.

En tiempo de espera tener paciencia es resistir, aguantar, soportar, supone *estar firme* ante los ‘movimientos’ que atentan con derribarnos y que hoy son muchos.

Juan es un hombre paciente, que no se deja llevar por los vientos de este mundo, no es “una caña agitada por el viento”, es alguien que se mantiene firme en lo que cree y espera más allá de las adversidades. En definitiva Juan se mantenía firme porque estaba fundado sobre la roca que es Cristo.

También “podemos invocar el ejemplo de la paciencia de María en su Adviento. La mujer encinta no puede ni debe precipitarse” (Von Balthasar).

Hermanos, “los cristianos se dividen en dos clases: lo que están firmes y los que no están” (Mons. Bergoglio). Aquellos que no están firmes son los que se escandalizan. Jesús proclama felices a los que no se escandalizan de su persona y de sus palabras. Quizás nadie diga: “Jesús me escandaliza”, pero si se escandalizan del evangelio, de la enseñanza de Su palabra que la Iglesia con firmeza proclama; escandalizarse de esto es escandalizarse de Jesús.

La paciencia de Juan nos demuestra que ella - enseña Santo Tomás – preserva al hombre, y Santiago nos exhorta a la fortaleza y a la paciencia y nos invita a tomar como ejemplo a los profetas que hablaron en Nombre de Dios.

Nosotros, como los profetas y como el Bautista, somos enviados a preparar el camino para que los hombres encuentren a Cristo; somos profetas porque la Iglesia participa del don profético de Cristo (Cfr. L. G. 12). Especialmente los laicos que son la Iglesia en el mundo y que participan de la misión de Cristo, son heraldos de la verdad, son responsables del anuncio de la buena noticia del Evangelio en todos los campos de la vida, especialmente a los pobres, a los que sufren; son enviados “para que la virtud del Evangelio brille en la vida cotidiana, familiar y social” (L. G. 35).

Hermanos, somos gente que porta una esperanza que no debe quedar oculta en nuestro corazón, sino que debe ser manifestada en diálogo continuo y en forcejeo con los dominadores de este mundo muchas veces tenebroso, denunciando el pecado e iluminando a los que buscan la verdad (Cfr. Id.).

Cristo nos convoca a ser sus colaboradores y testigos, Él nos envía a fortalecer a los débiles a robustecer a los vacilantes y alentar a los desalentados (Cfr. Is. 35, 3). Él nos pide que vayamos a todos, a los más alejados, Su invitación es amplia y cordial, debe dirigirse también a aquellos que no tiene habitual relación y amistad con la Iglesia, porque ninguno desea ser considerado desheredado de la luz y de la paz de Cristo (Cfr. Mons. Montini, Milán, 15. Oct. 1957).

Debemos invitar a todos a participar del amor de Dios, nuestra invitación debe ser “animosa y urgente” (Id.).

Por todo esto hemos elegido como lema para nuestras fiestas patronales las palabras que el beato Juan XXIII dirige a la Iglesia al comenzar el Concilio Vaticano II: “El mundo tiene necesidad de Cristo y la Iglesia es la que debe llevar a Cristo al mundo”. En definitiva es lo que Dios manda a hacer a Isaías: “Consolad, consolad a mi pueblo” (Is. 40, 1).

Pidamos al buen Dios su gracia para que como el Bautista, todo nuestro ser nos impulse hacia Jesucristo y así ser sus discípulos y misioneros.

Amén

G. in D.